

Del latín a los memes: Apuntes sobre evolución, economía y contexto en la comunicación

From Latin to Memes: Notes on Evolution, Economy, and Context in Communication

Gabriela Teresa Ortega

Correo: gabyteortega1998@gmail.com

ORCID: 0000-0002-0108-8732

Resumen

El uso de las lenguas, al darse en el seno de las comunidades humanas, siempre ha estado acompañado de intentos de estandarización, normativización y perfeccionamiento, especialmente en entornos formativos o cultos. El afán tan extendido de hablar de un “dialecto superior” o de unos usos más “correctos” que otros ha provocado desde siempre un creciente apego hacia ciertas formas tradicionales y una suerte de prejuicio hacia los cambios no solo lingüísticos en particular, sino incluso comunicativos en general. En efecto, actualmente evidenciamos esta práctica prescriptiva incluso en el rechazo de algunos grupos a las tendencias comunicativas de los medios digitales y las redes sociales, catalogadas por muchos como degradantes por implicar con frecuencia una simplificación formal en relación con las formas anteriores. Partiendo del interés por problematizar estos prejuicios hacia cualquier tipo de evolución en nuestras formas de comunicación, en este texto se hace un recorrido expositivo por algunos ejemplos puntuales de cambios naturales que se han dado en lenguas como el latín y el español, y que han implicado con frecuencia algunas pérdidas de la complejidad formal, para desembocar en un acercamiento a lo que podríamos considerar uno de los fenómenos recientes más interesantes de la evolución de nuestra comunicación: los *memes*, esos discursos que desde hace algunos años han copado la esfera digital permitiéndonos expresarnos y comunicarnos fácil y eficientemente con los otros.

Palabras clave: Comunicación; latín; memes; evolución; cambios lingüísticos

Abstract

The use of languages, occurring within human communities, has always been accompanied by attempts at standardization, norm-setting, and the refinement of linguistic practices, especially in educational or scholarly environments. The widespread eagerness to speak of a “superior dialect” or of certain practices being more “correct” than others has always led to a growing attachment to certain traditional forms and a kind of prejudice against not only specific linguistic changes but also communicative shifts in general. Indeed, we currently

observe this prescriptive practice even in the rejection by some groups of the communicative trends of digital media and social networks, which many classify as degrading due to their often involving a formal simplification in comparison with previous forms. Starting from an interest in problematizing these prejudices against any type of evolution in our forms of communication, this text takes an expository journey through some specific examples of natural changes that have occurred in languages such as Latin and Spanish, which have often involved some loss of formal complexity, leading to an approach to what we might consider one of the most interesting recent phenomena in the evolution of our communication: memes. These discourses, which have dominated the digital sphere for some years now, allow us to express ourselves and communicate easily and efficiently with others.

Keywords: Communication; Latin; memes; evolution; linguistic changes

Apuntes sobre el latín

“Lo que fueron vicios son ahora costumbres”.
Séneca (como se citó en Montaigne, 1987, p. 30)

Casi nadie me cree cuando digo que los filólogos no saben a ciencia cierta cómo era el latín. El latín que estudiamos —explico— es el *eclesiástico*, la variedad que empleaban para redactar sus textos los eruditos, literatos, escribas, oficiantes religiosos, patricios y demás gente instruida de tiempos del Imperio Romano y hasta de pleno siglo XIX, donde todavía se usaba como lengua oficial para los textos científicos y jurídicos. Pero respecto al verdadero latín, el llamado latín vulgar, ese que hablaba la mayor parte de la población en su vida cotidiana, la gente de hoy no tiene sólidas certezas, por lo que solo hemos podido llegar a “hacernos una idea de esta lengua”, como dice T. A. Lathrop, a partir de un conjunto de muestras escritas (1995, p. 20).

Según Lathrop (1995), hay valiosísimas muestras del latín hablado en los grafitis que se conservaron de la tragedia de Pompeya. A esos muros derruidos, llenos de obscenidades, chistes y noticias, se unen también algunas inscripciones de antiguas lápidas sepulcrales (p. 21). Además, —dice el autor— muchos estudiosos han optado por comparar las lenguas romances, sobre todo en sus estadios más tempranos, cuando no contaban aún con demasiada autonomía y parecían apenas particularidades geográficas de la variedad vulgar del latín culto (p. 22). El objetivo que persiguen es identificar aspectos que estas lenguas

compartían durante su incipiente separación, y así remontarse y reconstruir la forma latina original de la que provinieron.

Sin desmeritar este procedimiento que tantas luces nos ha dado a los curiosos, lo cierto es que acaso las pistas de mayor valor nos las den los propios individuos instruidos de tiempos del Imperio. Se trata de literatos, gramáticos, sacerdotes y maestros que, unos con ánimo prescriptivo y otros con intenciones satíricas, dedicaban sus textos a exponer ciertos usos lingüísticos de las masas. Seguro han oído hablar de “La cena de Trimalción”, el jocoso relato de Petronio incluido en el *Satiricón* (1978), que nos presenta a varios personajes de las clases bajas expresándose en términos vulgares y hasta obscenos. Ese modo de hablar, tal vez un tanto estereotipado, muestra, según Lathrop (1995), más rasgos del latín vulgar que del latín de las clases altas (p. 20).

Más curioso aún me parece el caso de los gramáticos y maestros. Su intención era criticar los tropiezos de los estudiantes e instar a la corrección para preservar la pureza del latín. Lo que no supieron nunca era que ayudarían a inmortalizar esos usos lingüísticos que tanto los sacaban de quicio. En efecto, como leemos en *Curso de gramática histórica española*, gracias a un manual de corrección hecho por un maestro de escuela —texto conocido hoy como *Appendix Probi*—, aprendemos que el latín vulgar ofrecía variantes simplificadas de ciertas combinaciones morfofonológicas del latín culto. “*Aurículas non oriclas*”, exhortaba a sus alumnos el autor anónimo del texto, legando con esa sentencia un dato invaluable para la lingüística histórica: en ciertos contextos, el latín vulgar optaba por simplificar la combinación *au* pronunciándola como un solo sonido, el de la *o* cerrada (Lathrop, 1995, pp. 22-25).

Aún más reveladoras me parecen las reprimendas de este autor latino hacia la costumbre, al parecer cada vez más generalizada incluso entre sus estudiantes, de pronunciar, por ejemplo, *lite* (y no *litem*), *plenu* (y no *plenum*). Como tal vez sepan, el latín fue una lengua con casos; esto significa, básicamente, que a ciertas categorías de palabras se les añadía una desinencia o terminación para indicar su función sintáctica en la oración, esto es, para señalar que dicha voz estaba funcionando en un contexto de enunciación particular como sujeto, objeto directo, objeto indirecto, complemento circunstancial, etc. El sistema de casos dota de gran flexibilidad al nivel sintáctico de una lengua, ya que la función de cada palabra no está determinada por su posición en la oración (de hecho, estas lenguas son llamadas “de orden libre”), sino por un elemento —aquella suerte de sufijo dotado de significado funcional— que ya viene incorporado en la palabra. En este sentido, por ejemplo, en la oración *Marcus amat Iuliam* (Marcos ama a Julia), lo que indica que Julia es el ser amado y Marcos la persona que

ama no es la posición de dichos elementos en la frase, sino las terminaciones de cada nombre: “Marcus” termina en “us” (desinencia para marcar la función de sujeto o quien hace la acción), mientras que “Iuliam” termina en “am” (desinencia que marca al objeto directo o en quien recae la acción). Así pues, una oración como *Iuliam amat Marcus* significa lo mismo que la anterior en tanto los nombres conservan las mismas desinencias de caso, aunque aparezcan en otras posiciones dentro de la frase.

Lo curioso de esto es que, según se intuye por el *Appendix Probi*, el pueblo llano y hasta las gentes instruidas obviaban, en su pronunciación, algunas de esas desinencias con información tan importante para entender el sentido de una frase. Si no pronuncias la “m” en *Iuliam* (= a Julia), el nombre declinado sonará como *Iulia* (= Julia) y será imposible distinguir solo por la forma de las palabras cuándo Julia es el sujeto que realiza la acción (quien ama) y cuándo es la persona que recibe la acción (quien es amada). En palabras técnicas, casos como el nominativo y el acusativo empezaban a confundirse en la pronunciación, acaso por una suerte de comodidad articulatoria que se traduce en una economía y simplificación formal. Pero cambios como estos, observados sobre todo en el latín oral del día a día, traerían consecuencias que determinarían la naturaleza de las lenguas romances: si ya no puedes distinguir solo por su forma y su sonido a la Julia que ama de la Julia que es amada, recurras a dotar de significación la posición que ocupan los elementos en la oración, con lo cual los *fijas*. Lo que distinguiría, por tanto, la oración *Marcus amat Iuliam* (Marcos ama a Julia) de *Iulia amat Marcum* (Julia ama a Marcos) no sería ya más la terminación de los elementos sino el hecho de que uno está antes del verbo (sujeto) y el otro después de este (objeto). De este modo, un hábito lingüístico que empezó entre las gentes ajenas a las correcciones que venían de arriba dotaría al latín vulgar de una fisonomía propia que, según Lathrop (1995), influiría mucho más que la del latín culto en nuestras lenguas romances actuales.

Por fascinante que pueda ser, no es mi intención reflexionar en detalle en todas y cada una de las diferencias de las variedades culta y vulgar, ni en los cambios que sufrió el latín hablado hasta llegar a las lenguas romances. Para ello, siempre habrá libros especializados que consultar, como el ya mencionado de Lathrop o, más cercano a mí, *Biografía de una lengua*, de Enrique Obediente (2000). Lo que me interesa en esta ocasión es destacar cómo en la economía lingüística podemos ver una de las tantas bases de la evolución y de la metamorfosis de una lengua.

Cuando se habla de evolución, solemos pensar en un aumento de la complejidad de un sistema o de un organismo. Y no es falso. Sin embargo, lo que pensamos con menos

frecuencia es que el desarrollo y la complejidad que trae consigo la evolución no se traduce (casi) nunca en un aumento de formas. Basta observar el paso de las computadoras de mesa con unidades de procesamientos gigantes y cornetas alámbricas a computadoras pequeñas y delgadas con CPU, micrófono y cornetas incorporados en un solo aparato. La evolución informática apuesta por la reducción, la liviandad y la pequeñez, pero seríamos tontos si creyéramos que el funcionamiento interno de todas estos avances también se ha simplificado. Desde mi ignorancia en materia tecnológica, me atrevo a decir que es todo lo contrario: la economía de las formas implica necesariamente, a mi modo de ver, un aumento en la complejidad de esos hilos invisibles gracias a los cuales lo que vemos simple y pequeño funciona igual de bien, y hasta mejor, que lo que antes veíamos grande, intrincado, rebuscado y confuso.

Me gusta pensar que, como esos aparatos y sistemas informáticos, funcionan también las lenguas. A veces imagino al maestro anónimo del *Appendix Probi* enloquecido por ser testigo de una supuesta degradación y pérdida de riqueza de su lengua. Donde había dos formas dotadas de sentidos diferentes (*Iuliam, Iulia*), ahora solo había una (*Iulia*). Sin embargo, y esto es esencial, las nociones de sujeto y de objeto, a pesar de aquel cambio, no desaparecieron del latín. Existen, incluso en nuestros días, en todas las lenguas romances. La simplificación fue, pues, solamente de forma y no de fondo, pues no cambiaron los referentes mentales ni la capacidad expresiva, sino solo las formas de encauzar esa capacidad y de simbolizar esos referentes, de resaltar las funciones sintácticas y funcionales de los elementos oracionales empleando menos esfuerzo.

El procedimiento decodificador que hay detrás de este hecho no implica para mí un retroceso cognitivo. Al contrario, es increíble cómo la mente humana consigue atribuir diversas funciones a un mismo elemento (el nombre Julia, por ejemplo) solo a partir de su posición y de su relación con otros elementos interoracionales. Si va antes del verbo (Julia odia a Rosa), cumple función de sujeto, pues, según la lógica de nuestro sistema, antes de la acción debería estar el ente que la realiza. Pero si escribimos Julia luego del verbo (Rosa odia a Julia), se entiende que su función es la de objeto receptor de aquella acción realizada por un sujeto (ahora Rosa). La función de objeto del elemento que sigue al verbo puede indicar que, para nuestro cerebro, los receptores (COD) y destinatarios (COI) de la acción (verbo) se estructuran como satélites de la acción misma, debido a que no existirían como tales si no fuese en relación al quién y a la acción que el quién realiza y que recae o es destinada ellos. Así pues, partiendo de la premisa de Lakoff y Johnson (2007) según la cual hay relaciones no arbitrarias entre “la

forma y el contenido, basadas en metáforas generales de nuestro sistema conceptual” (p. 167), se podría por tanto suponer que, en una asimilación metafórica, esa relación del complemento verbal y el verbo que intuye la lógica se refleja en la estructura de nuestros enunciados. Lo que resulta increíble es que todo este razonamiento es captado por el cerebro en cuestión de microsegundos solo a partir del ordenamiento de unos cuantos elementos que conservan siempre la misma forma (Julia, Rosa) y que, en cambio, en latín hubiesen tenido hasta seis variaciones cada uno. Como las máquinas que hacen las mismas funciones de antes cada vez con menos elementos, las lenguas pasan por un proceso evolutivo que parece radicar en una aproximación a lo más formalmente simple e implicar casi siempre la reducción y la economía.

En torno al español americano

La misma preocupación de nuestro maestro latino persigue a veces a los gramáticos puristas del español peninsular, quienes ven con malos ojos la simplificación que el español ha tenido en el continente americano. “Eso no es español”, dicen aún hoy algunos profesores en España cuando escuchan a un hispanoamericano pronunciar del mismo modo “masa” y “maza”. Nosotros, americanos, solo tenemos una manera de saber si cuando oímos /masa/ nuestro interlocutor se refiere a un conjunto de materia o a un instrumento pesado de madera. Eso que nos da pistas es el contexto.

En cierto sentido, ya con la fijación de los elementos oracionales en la evolución del latín vemos que el contexto cobra mayor importancia, aunque se trate, en ese caso concreto, de un contexto lingüístico, es decir, de la vecindad entre las palabras, de los elementos que están antes o después en la concatenación lineal. En el caso de la confusión entre “masa” y “maza”, propia del español americano, será no solo el contexto lingüístico, sino, además, el contexto de la enunciación lo que aclare el sentido del mensaje. “Estira bien la masa con esa maza antes de preparar los pasteles”, dice una madre a su hija mientras las dos están en la cocina con sendos delantales. Incluso para una niña pequeña resulta evidente que lo que deberá estirar será la mezcla de harina y agua (la masa), así como que dicha acción se puede realizar con el objeto de madera pesado (maza) que también tiene ante sus ojos.

Casi nunca el contexto es demasiado oscuro como para que la mente no resuelva estos casos de ambigüedad en cuestión de milésimas de segundos. Con las neutralizaciones de algunos pares fonemáticos que ha sufrido nuestro español (los fenómenos de lambdacismo, rotacismo y yeísmo podrían ser otros ejemplos), no solo se han reducido los esfuerzos

articulatorios, sino que además se ha simplificado nuestro sistema, y todo esto sin perjuicio de nuestras capacidades comunicativas.

Economía formal en el inglés

De no contar con una mente maravillosa capaz de procesar un montón de información en un segundo, el mundo que conocemos sería una torre de Babel. Pensemos en el inglés.

Si algo caracteriza al inglés es su economía. Comparado con un idioma como el español, el inglés presenta un inventario de conjugaciones verbales muy reducido. Aunque pensemos poco en ello, es cognitivamente interesante discriminar el sentido exacto de una frase como *I bought...* al inicio de una oración. Los aspectos del sentido del verbo se reconstruyen solo cuando llega la segunda parte del mensaje: *a book yesterday* o *something every time I went to the bookshop*. Solo entonces sabemos si “bought” representa un pasado perfecto (de algo culminado en un momento del pasado: “compré”) o si tiene un valor imperfectivo (de algo que ocurrió muchas veces a lo largo del momento pasado al que hacemos referencia: “compraba”).

Este es solo un ejemplo un poco ingenuo de lo mucho que se puede decir con tan poco en una lengua tan poéticamente rica como el inglés, a pesar de su conocida simplicidad. Jamás dejará de sorprenderme todo lo que puede comunicarse siempre con el mismo inventario de palabras. Si no tuviésemos el contexto, no comprenderíamos; pero el contexto nunca va a faltar porque es precisamente el sustrato mismo donde todo acto comunicativo surge. Ahora bien, lo que me interesa es demostrar cómo a medida que las formas se reducen, el contexto gana en importancia.

El ejemplo que daré a continuación tiene el único objetivo de poner de manifiesto cosas que casi todo el mundo sabe, pero que pocos transforman en conocimiento consciente. Estoy escuchando en este preciso momento una canción de Lana del Rey con el siguiente verso: *Will you still love me when I'm no longer young and beautiful?* El verbo *to be* está escrito en presente, pero no se traduce como “yo no soy” simplemente porque no es el sentido que tiene. El verbo *ser* en esta oración está proyectado a futuro y se correspondería más con nuestro subjuntivo “yo no sea”. Pero no cambiamos la forma verbal para darle ese otro sentido. Nuestro cerebro solo se apoya en la partícula de futuro *will*, que encabeza la frase, y en el adverbio *longer*; es eso lo que nos indica que la forma presente *I'm* debe entenderse como un futuro proyectado, como una posibilidad. Una forma: más de un sentido.

En torno al meme y las redes sociales

Como aseveran muchos especialistas, entre ellos Victoria Marrero (2009), la expresión del pensamiento y de las emociones es una necesidad humana, por lo que el hombre siempre ha conseguido dar cauce a esa expresión con los medios que tiene. Antes de contar con el lenguaje verbal, el ser humano expresaba sus deseos y miedos con pinturas rupestres, gestos y sonidos. El niño que aún no sabe hablar pasa por un proceso similar: lenguaje corporal, gesticulaciones, lenguaje preverbal; todo lo que está a su alcance sirve para expresar su incomodidad o sus necesidades.

Lo interesante es que el cerebro también se ha adaptado a comprender esos mensajes. La mente humana no solo está inclinada a la expresión, sino también a la comprensión (Marrero, 2009, p. 356); en resumidas cuentas, se inclina naturalmente al uso de signos, a la comunicación, al menos desde que el hombre se constituyó en ser social, puesto que, en palabras de Marrero (2009), el lenguaje es un “impulso social” y “un instrumento esencialmente comunicativo, que sólo en el marco de las relaciones humanas puede desarrollarse” (p. 354). Por eso no importa qué tanto cambien nuestras formas, qué tanto se simplifiquen las lenguas, qué tanta tendencia a la economía tenga la evolución de nuestros idiomas y de nuestros sistemas. El mensaje completo, con sus colores y matices, conseguirá llegar al receptor, la mayoría de las veces con mucho éxito.

Actualmente, gran parte de nuestra comunicación se ha apoyado hasta tal punto en los elementos extralingüísticos que hasta ha prescindido de las palabras, como lamentó Sartori (1998) al estudiar la cultura televisiva. Por supuesto, la comunicación no verbal, gestual, visual y pictórica ha existido desde el primer día, pero es sorprendente la fuerza que tiene hoy. No sé si será por mi edad, pero a veces se me hace un poco complicado hablar sin referirme a algún meme. “Como el meme que dice...” se ha convertido en expresión corriente en mi día a día. Solo tengo que decir las cuatro o cinco palabras que forman parte del texto del meme y creo en la mente de mi interlocutor un escenario completo donde palabras, sentimientos, referencias culturales e intertextuales, anécdotas, pensamientos y emociones se cruzan.

Cuando hablo de economía lingüística, como he hecho hasta ahora, no puedo dejar de pensar en los memes. Muchas veces, hacer referencia a un meme me ahorra al menos una treintena de palabras. Lo llevo más allá: sacar a colación un meme en la conversación o mandar un *sticker* en un chat de WhatsApp me evita muchas veces tener que intentar elaborar

con palabras la correcta y precisa expresión de mis estados de ánimo, de mi enojo, de mi mala suerte o de mi emoción ante un evento concreto.

Los memes, por el contrario, permiten una expresión bastante profunda y compleja; Aladro y Jardón (2022) aseguran que son “un lenguaje en toda su extensión funcional” (p. 145). Y esta eficacia se logra con una forma muy simple: apenas una imagen, usualmente de pésima calidad y poca resolución, con un texto breve, mal editado, a veces con errores ortográficos, en ocasiones demasiado grande y con una tipología poco armoniosa respecto al mensaje y al resto del objeto. Las formas del meme son tan feas y mediocres como feas y mediocres parecían en su tiempo las formas lingüísticas de los estudiantes del autor del *Appendix Probi*. En cuanto al meme, pareciera, de hecho, que mientras más dudosa su calidad estética, mejor; pues el lenguaje del meme es “una formulación desde el humor” (Ruiz, 2020, p. 72) fundamentado en el sentido de identificación (Aladro y Jardón, 2022, p. 145), pero también en la estética de lo feo, de lo mal hecho o lo hecho a medias tan común en las formas populares digitales de lo que Nick Douglas (2014) denomina como “internet ugly”.

El meme puede ser visto como símbolo de la mediocridad, pero en esta ocasión me interesa más verlo como una nueva muestra de la economía formal, de la contextualización y de la riqueza expresiva. Me costaría algo de trabajo y de tiempo expresar un pensamiento como el siguiente: de verdad me duele a veces pensar en todos aquellos que perdimos nuestro trabajo por la cuarentena del 2020. En realidad, me lastima todo lo que se perdió con la propagación mundial del virus: las relaciones fallidas, las graduaciones, los planes de viaje, los trabajos, etc. A veces pareciera que todos hubiésemos tenido la vida arreglada justo cuando cayó la pandemia. Pero, al mismo tiempo, eso me causa algo de risa. Es curioso ver cómo todos caímos de nuestras ilusiones y altas expectativas a lo más bajo. Es una verdadera crisis en la vida de cualquier persona, pero cuando pasa eso, lo mejor es tomarse a chiste nuestra propia mala suerte y nuestras desgracias. En un chat amistoso, hablando con amigos que perdieron a su pareja o sus trabajos, jamás hubiese escrito algo como eso (o tal vez sí, a altas horas de la madrugada, cuando se es más intenso con los amigos íntimos). Lo cierto es que, si la relación es cercana y si me consta que la otra persona comparte el mismo tipo de humor, probablemente solo hubiese enviado la siguiente imagen (Figura 1).



Figura 1. Detalle de la imagen viral (meme) que representa los pasos de la coreografía ejecutada por Daniela del Río en marzo de 2019 durante una protesta estudiantil contra el acoso sexual institucional en la UANL. Las imágenes fueron resignificadas masivamente durante esos años para hablar burlescamente de situaciones de padecer colectivo. Autor desconocido.

Tal vez me hubiese bastado añadir a la imagen este corto mensaje: por todos a los que el COVID arruinó los planes. Parece mentira que otra persona pudiese leer en esta imagen aquella expresión de mis sentimientos, pero sí sería posible. Por supuesto, eso implicaría que mi interlocutor manejara todos o la mayoría de los referentes culturales y contextuales que me han hecho cargar de sentido esa imagen. Es decir, tendría que haber visto varias veces variaciones como estas (Figura 2 y Figura 3):

BAILO POR TODOS AQUELLOS QUE
TIENEN UN HUAWEI!!!



Figura 2. Imagen viral que refiere las dificultades compartidas por los usuarios de teléfonos celulares Huawei a causa de las limitaciones de estos dispositivos electrónicos. Autor desconocido. Encontrada en Dop13r.com. (2020). Recuperada de: <https://www.dop13r.com/memes/actualidad/bailo-por-todos-aquellos-que-tienen-un-huawei/667376>

Bailo por todas las que no
tenemos dinero para la lipo



Figura 3. Meme que hace alusión a la frustración compartida por muchas mujeres de clase media y baja por no poder costear la liposucción. Encontrado en Facebook: Dolls Beauty Coordinators. (2019, Abril 9). Recuperado de: <https://www.facebook.com/dollsplasticsurgery/posts/buenas-tardes-que-el-dinero-no-sea-impedimento/1453059671496260/>

Cualquiera que hubiese visto imágenes como esas en un período corto (y difícil era no verlas, cuando invadían todas las redes) habría captado el sentido del meme, usado para ridiculizar y mitigar con la risa alguna frustración o sufrimiento personal o colectivo. Y es que, como postulaba Shifman (2014), al meme lo define su carácter transformativo, su conexión semántica con el modelo original del que surge y su contextualización (p. 240). Como afirma Aladro (2017) basándose en la teoría de la gramática generativa transformacional, el meme, como otros lenguajes, se sustenta y transmite en y por la proyección analógica, la derivación y la simbolización, procesos en los cuales “las formas culturales del siglo XX y XXI actúan como un diccionario o universo semántico, que a través de los principios de la modularidad, transcodificación, variabilidad, ilusionismo y escalabilidad, constituyen una pragmática de creación constante” (Aladro y Jardón, 2022, p. 144). Por tanto, no haría falta conocer el trasfondo real del meme de la Figura 1, aunque eso pudiera expandir los panoramas de la comprensión. Lo que sí es menester sería descifrar los patrones del meme, lo que sus distintas versiones comparten sintáctica y semánticamente: los patrones de la forma y del sentido, o lo que Aladro y Jardón (2022) llaman la “macroestructura semántica” cuyo conocimiento permite usar el meme “a partir del episodio memético puntual, para entender la derivación, bisociación o desvío que el nuevo meme supone” (p. 147).

Así pues, la repetición e imitación son componentes esenciales de la comunicación mediante memes. A fin de cuentas, meme era en su inicio un vocablo inglés que involucraba los conceptos de imitación y repetición en la herencia biológica: meme es un rasgo conductual transmisible por imitación entre las personas (Dawkins, 1986, pp. 281-196). En realidad, repetir es la esencia de toda convencionalización y, sobre todo, de la convencionalización de cualquier sistema de signos. La recurrencia que permite la eficaz lectura (comprensión) y uso (producción) de los memes no es algo nuevo. Es lo que los niños hacen al asimilar las primeras palabras que oyen decir a sus padres repetidamente y en contextos similares y es lo que todos hacemos cuando estamos presenciando la incorporación de un neologismo en nuestro sistema. En palabras de Castañeda (1999) el “desarrollo cognoscitivo que comprende desde discriminación perceptual (...) hasta la función de los procesos de simbolización y pensamiento” es una condición necesaria a toda adquisición lingüística y comunicacional (p. 74). Así como los bebés, los internautas han aprendido a leer memes gracias al contexto de enunciación y al uso repetido de ciertas formas en situaciones similares. Una vez que la mente asimila con el uso todo lo que describimos del meme anterior, y una vez que lo asocia a determinados contextos y a una variedad de referentes, este elemento funciona perfectamente

como signo de uso común y como discurso. Insertado en el momento preciso en una conversación como la referida antes, este meme podría transmitir un poderoso y hondo mensaje.

No queda duda de que, para que sea posible tal comprensión, es condición necesaria que el interlocutor esté familiarizado con el meme, pues la expresión de sufrimiento de la joven de la imagen no sería suficiente para entender a priori lo que yo pretendería transmitir. Y aquí es donde entra el contexto, es decir, las redes sociales, el tipo de lenguaje que manejan, los referentes, la clase de humor que prolifera en internet, los chistes, las noticias diarias, la primera cuarentena de 2020, la recesión económica, las restricciones de viaje, el toque de queda, el desempleo. Se trata de un contexto amplio, con elementos diversos que conciernen a la cultura de masas, a la cultura contemporánea, a nuestros referentes sociales del momento, a la situación política y económica de entonces, a las situaciones particulares de los interlocutores, pero también, en cierto modo, a las circunstancias concretas de aquellos que también se burlaron de su sufrimiento mediante el mismo meme, pues es gracias a eso que pudimos ir construyendo en el tiempo una significación a este significante, convirtiendo al objeto en signo. Como dice Eryl Ruiz (2020), el meme “por ser una auténtica expresión colectiva es tanto sociológicamente relevante como un fenómeno comunicativo pertinente” (p. 73).

Si te sorprende la gran cantidad de elementos extratextuales involucrados en el uso del meme anterior, échale un vistazo a este (Figura 4).

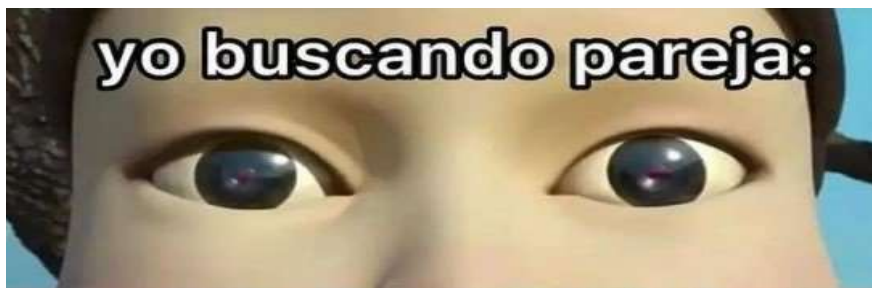


Figura 4. Detalle de un meme que refiere la dificultad para encontrar una pareja ideal. Autor desconocido. Encontrada en <https://www.pinterest.es/pin/povyo-buscando-pareja--1128081406643175573/>

Tiene apenas tres palabras y el meme es bastante pobre a nivel formal, pero resume una experiencia general, con la que muchos podríamos sentirnos identificados. Sin embargo, las palabras del meme anterior no comunican por sí solas la exigencia de ciertas personas al

momento de buscar pareja sentimental ni tampoco la minuciosa selección y el cruel descarte que realizan de sus pretendientes. Puede que los ojos abiertos, grandes y atentos de la muñeca de la imagen nos den una pista de dicha minuciosidad, pero no es suficiente para comunicar todos los sentidos. Para llegar a estos, hay que conocer la referencia o, como mostré antes, haber visto el meme las suficientes veces para deducir su significación y añadirlo a nuestro repertorio comunicativo. Yo, por ejemplo, jamás he visto la serie televisiva de la que se ha originado este meme. Pero, guiándome por los patrones de las variaciones que he visto, sé que el ser representado en la imagen hace con la mirada un análisis atento y despiadado de los contrincantes que quieren llevarse el primer lugar de la competencia. Aquellos que cometen errores son descartados y fulminados (literalmente) con la mirada asesina de la muñeca.

La popularidad de *El juego del calamar* hizo que no fuese necesario haber visto la serie para haber escuchado (aunque fuese de casualidad) o intuido (a fuerza de repeticiones) el poder destructivo de la muñeca, obstáculo en una de las pruebas que debían superarse en el juego ficticio. Es posible que este conocimiento solo se haya expandido entre grupos etarios muy selectos (así como ciertos usos lingüísticos y variaciones discursivas caracterizan un determinado sociolecto y permiten la comunicación entre sus miembros, aunque sean incomprensibles para otros grupos sociales). Sin embargo, esto es suficiente para que haya penetrado en la cultura popular de ciertas sociedades y haya posibilitado la expresión de un gran número de personas.

Conclusiones: comunicación y evolución

“Lo que le es más natural a todo el mundo es lo que más le conviene”.

Cicerón (como se citó en Montaigne, 1987, p.16)

¿Aún somos capaces de decir que el mundo virtual está mermando nuestras facultades? Mi inquietud por las aseveraciones sobre la degradación del idioma español y la pérdida de facultades lingüísticas y cognitivas es uno de los motivos que me llevó a escribir estas impresiones. No quería dejar pasar la oportunidad de manifestar los vínculos entre la cognición y las posibilidades comunicativas que subyacen a los usos actuales del español, del inglés y del lenguaje visual de las redes sociales.

A veces nos acostumbramos tanto a las cosas que no dedicamos tiempo a desmontar todos los engranajes que están detrás de ellas, que las hacen existir. Es muy fácil decir que la capacidad comunicativa del hombre moderno se ha empobrecido solo porque hemos visto la

economía a la que se dirigen muchos sistemas, así como la simplificación de muchas formas y contrastes lingüísticos que usaban nuestros antepasados. También es sencillo criticar la capacidad de comunicarse de las generaciones más jóvenes solo porque no coincide con los modos comunicativos de hace décadas. Para el maestro del *Appendix Probi* era muy natural decir que lo que hablaban sus alumnos estaba mal solo porque no era lo que a él le habían enseñado, lo que hablaban él mismo y sus colegas. Yo voy más allá, incluso: para mí, más perezoso es aquel incapaz de apartarse de sus usos corrientes y de intentar dotar de sentido a los nuevos que aquel que ha sido capaz de ir creando y convencionalizando, con el uso, nuevas formas de expresión.

Que no nos comuniquemos igual que hace años no quiere decir que no nos comuniquemos con el mismo éxito que antes. La comunicación es una necesidad tan inherente que siempre nos las arreglaremos para darle curso. Puede que un uso tarde en establecerse y que en los primeros momentos haya algo de confusión, pero el hombre es un ser de signos —*homo semioticus*, como lo llama Acosta (1990) — y el cerebro humano sigue teniendo inclinación a crear sentido y a leer la significación tras las cosas. “Cualquier cosa que el hombre conciba, o diga, o haga, está ya semiotizada, cargada de un sentido” (Acosta, 1990, p. 19), porque los signos y símbolos —parafraseando a Claude Lévi-Strauss (1987), Ernst Cassirer (1944), entre otros autores— son maneras que tiene el hombre de relacionarse con el exterior, de objetivarlo y dominarlo: de hacerlo suyo y, al mismo tiempo, de hacerse parte de él. Son, en realidad, la consecuencia de un anhelo: nuestra necesidad profunda de dar sentido a lo que nos rodea, de comunicarnos y compenetrar con lo otro y con los otros (y a veces también de persuadirlos e imponernos).

Para decirlo brevemente, la comunicación es necesidad y es instinto. Si por practicidad escasean nuestras formas, nuestro cerebro buscará la manera de usar lo que tiene a su disposición para crear sentido y transmitirlo. Esa manera implica, como vimos, un apoyo creciente en el contexto. Asimismo, el cerebro del otro al que interpelamos conseguirá la manera de dotar de sentido eso que le presentamos como mensaje, sea una forma rimbombante sacada de la retórica antigua o un meme. En resumidas cuentas, mientras seamos capaces de crear y leer signos dentro de nuestras comunidades nuestras facultades comunicativas no habrán retrocedido ni un paso.

Bibliografía

- Acosta R. Á. (1990). Del homo loquens al homo semioticus. En *Describir, inventar, transcribir el mundo: Actas del IV Simposio Internacional de la Asociación Española de Semiótica* (pp.13-20). Sevilla: Visor.
- Aladro, E. (2017). El lenguaje digital, una gramática generativa. *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 22, 79-94. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/CIYC/article/view/55968>
- Aladro, E. y Jardón. M. (2022). Los memes como jerga del lenguaje digital. *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 27, 143-157. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/CIYC/article/view/81695>
- Cassirer, E. (1967). *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castañeda, P. F. (1999). *El lenguaje verbal del niño*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM.
- Dawkins, R. (1986). *El gen egoísta*. Barcelona: Salvat.
- Douglas, N. (2014). It's Supposed to Look Like Shit: The Internet Ugly Aesthetic. *Journal of Visual Culture*, 13 (3), 314-339. Recuperado de <https://journals.sagepub.com/doi/epub/10.1177/1470412914544516>
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2007). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lathrop, T. A. (1995). *Curso de gramática histórica española*. Barcelona: Ariel.
- Lévi-Strauss, C. (1987). *Mito y significado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marrero, V. (2009). Origen y adquisición del lenguaje. En M. V. Escandell. (Coord.), *El lenguaje humano* (pp. 339-368). Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, S. A.
- Montaigne, M. (1987). *Ensayos III*. Madrid: Cátedra.
- Obediente. E. (2000). *Biografía de una lengua: nacimiento, desarrollo y expansión del español*. Cartago: Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe.
- Petronio. (1978). La cena de Trimalción. En *El Satiricón* (pp. 50-114). Madrid: Editorial Gredos.
- Ruiz, E. (2020). Logos meme: pronunciando Coronavirus en Venezuela. *Temas de comunicación*, 40, 64-84. Recuperado de <https://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/index.php/temas/article/view/4600/3839>
- Sartori, G. (1998). *Homo videns*. Buenos Aires: Taurus.
- Shifman L. (2014). *Memes in Digital Culture*. Mass: MIT Press.

Fecha de recepción: 02 de abril de 2024

Fecha de aceptación: 15 de mayo de 2024

Licencia  Atribución
– No Comercial – Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

